

Redes de pasión

RAQUEL ANTÚNEZ CAZORLA



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#redesdepasion

Colección: Tombooktu Chick-Lit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Redes de pasión

Autor: © Raquel Antúnez Cazorla

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-379-0

ISBN Digital: 978-84-9967-380-6

Depósito Legal: M-16918-2012

Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: www.taskforsome.com

Índice

Prólogo	11
Primera parte: El Asesino del Mordisco	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	21
Capítulo 3	25
Capítulo 4	33
Capítulo 5	37
Capítulo 6	41
Capítulo 7	45
Capítulo 8	51
Capítulo 9	55
Capítulo 10	59
Capítulo 11	61
Segunda parte: El violador del distrito dos	65
Capítulo 12	67
Capítulo 13	69
Capítulo 14	71
Capítulo 15	73
Capítulo 16	77
Capítulo 17	81
Capítulo 18	87
Capítulo 19	91
Capítulo 20	95
Capítulo 21	99
Capítulo 22	103
Capítulo 23	109

Capítulo 24.....	119
Capítulo 25.....	121
Capítulo 26.....	127
Tercera parte: Un solo agresor.....	133
Capítulo 27.....	135
Capítulo 28.....	139
Capítulo 29.....	145
Capítulo 30.....	157
Capítulo 31.....	163
Capítulo 32.....	171
Capítulo 33.....	177
Capítulo 34.....	183
Capítulo 35.....	189
Cuarta parte: Mordisco final.....	193
Capítulo 36.....	195
Capítulo 37.....	197
Capítulo 38.....	201
Capítulo 39.....	203
Capítulo 40.....	209
Capítulo 41.....	211
Capítulo 42.....	215
Capítulo 43.....	217
Capítulo 44.....	223
Capítulo 45.....	227
Capítulo 46.....	229

NOTA DE LA AUTORA

Todos los personajes y hechos que aparecen en esta novela, así como las ciudades donde transcurre la historia, son obra de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Prólogo

Redes de pasión relata un caso policial desde el punto de vista de dos chicas, amigas y compañeras de trabajo en *Maze News*, un importante periódico de la ciudad donde viven: San Antonio.

En el transcurso de cada capítulo podremos ir destapando poco a poco la vida de Meritxell y de Ariadna de forma alterna, hasta que todo se mezcla y se unen las piezas necesarias para culminar la investigación que elevará el periódico a lo más alto.

Investigadores y policías cuentan con este equipo de jóvenes periodistas, a las que dejan intervenir en las pesquisas del caso de asesinatos en serie más importante de los últimos años.

Sólo puedo adelantaros que el trabajo de *Maze News* no pasará desapercibido.

Primera parte:

El Asesino del Mordisco

Capítulo 1

Meritxell

Intenté limpiar la gota de sangre que resbalaba labio abajo, camino de mi camiseta favorita. Sorbí el último instante de vida de Jonás y me quedé mirando sus ojos inertes, vacíos, perdidos en la noche... Mientras, la gran luna llena, que hoy parecía estar más cerca que nunca, se reflejaba en ellos. Me pareció la escena más romántica que había vivido en el último año.

El corazón me latía fuertemente, diría que estaba a punto de romper mis costillas de un momento a otro. Besé sus carnosos labios y apoyé la yema de mis dedos sobre sus párpados para que aquellos azules ojos fueran a la oscuridad por el resto de la eternidad.

Aún tenía los dedos de Jonás clavados en mis antebrazos, realmente me iban a salir unos terribles cardenales después de aquello. No pensé que me costase tanto apretar la almohada contra su rostro, imaginé que sería mucho más rápido, tal como había visto mil veces en aquellas películas de Hollywood. Tenía zarpazos por todas partes, ese capullo había logrado pegarme un buen manotazo antes de pasar a mejor vida.

Una vez se fue, no pude evitar volver a morder ese cuello que realmente me estaba haciendo enloquecer, cuya piel aterciopelada al contacto con mis labios hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal. Esto ya no le iba a doler, así que apreté hasta que pude chupar su sangre. No entendía por qué razón había hecho tal asquerosidad, sólo sé que en ese instante me pareció lo más romántico, sexy y provocativo del mundo.

—Te quiero Jonás... —le susurré al oído. Esta vez mis labios aterrizaban en su mejilla izquierda—. Nunca te olvidaré.

Empecé a llorar, consciente de que había hecho la cosa más terrible que podía haber siquiera imaginado. La sensación era tal que no podía arrepentirme, aunque quería. Hundí la cara entre mis manos, con la esperanza de

que aquella escena desapareciera de repente, y de pronto me sentí feliz y radiante como una colegiala al obtener su primer beso de amor.

El nudo de mi estómago oprimía más fuerte al recordar ese segundo, ese instante, en el que dejó de respirar.

Miré a Jonás pensando qué podía hacer ahora. Acabábamos de hacer el amor y había huellas mías por toda la habitación de aquel hotel. La reserva la habíamos registrado a mi nombre, y seguro que con el ADN podían confirmar que había sido yo más rápido que un estornudo en primavera.

Hacía tan sólo dos semanas que había conocido a aquel chico tan risueño, cuando se atrevió a acercarse a mí en la playa. Yo no quería matarlo... ni siquiera quería conocerlo... pero se acercó, se presentó y me robó el corazón, me lo arrebató sin previo aviso y se lo llevó para siempre con su último halo de vida.

Al bajar la cabeza pude observar que mi camiseta favorita estaba hecha un trapo, estirajada y rota.

—¡Joder! ¡Maldito capullo!

*

Desperté con sudores fríos, no recordaba haber tenido un sueño tan extraño en mi vida. Aún sentía el nudo en el estómago, como un pellizco muy fuerte que me apretaba y me cortaba el aliento. Tuve que incorporarme y mirar a mi alrededor. ¿Estoy en casa? Sí, creo que sí.

Apoyé la mano en el lado izquierdo de la cama. Allí estaba Víctor dormido como un tronco, con su leve respiración acariciando el silencio de la oscuridad, como había ocurrido todas y cada una de las noches que habíamos pasado juntos los diez últimos años.

Volví a recostarme aunque ya no pude pegar ojo, juraría tener un leve sabor a sangre en la boca, y en mi nariz un perfume que estaba segura de no haber olido nunca antes. A mi corazón le costó serenarse de ese salvaje sueño que acababa de vivir y que me había parecido tan real. Cuando por fin cerré los ojos, sonó el dichoso despertador.

Como cada mañana, lo primero que hice fue encender la cafetera que había dejado preparada la noche anterior y me apresuré a meterme en la ducha. En apenas diez minutos sonaría el despertador de mi esposo y entonces ya podría despedirme del cuarto de baño.

Le di mil vueltas con la cuchara a aquella humeante taza, el aroma que desprendía ya lograba espabilarme algo. Casi sentía dolor en los antebrazos y los examiné en busca de cardenales, marcas... algo que me dijera que aquella pesadilla había sido real. Pero allí no había nada, simplemente el rastro de una tensión muy fuerte que debí acumular mientras soñaba.

Víctor pasó a mi lado sonriente y me dio una palmada en el trasero, como cada mañana, y rozó mis labios con los suyos antes de ponerse a cotorrear. ¡Dios! ¿Después de diez años todavía no se había enterado de que yo no podía escuchar ningún sonido humano hasta después de las ocho de la mañana? Me limité a asentir mientras apuraba los restos de mi café.

Rápidamente planché mi vestido gris; como siempre, ya llegaba tarde a la oficina. Hoy sin falta tenía que ponerme con el reportaje del Asesino del Mordisco. Odiaba escribir sobre asesinatos, odiaba esa sección que mi jefe, Miguel Suárez, me había otorgado como un gran premio... No me dejaba conciliar el sueño.

Hoy necesitaba elevar mi autoestima, así que después de ponerme dos capas de maquillaje, cogí la última caja de zapatos de la fila: unos tremendos tacones de doce centímetros de color violeta, a juego con mis pendientes y mis pulseras favoritas, serían la combinación perfecta para arreglar mi mal despertar.

Mientras salía del garaje con mi BMW Z3 de color azul, que había sido mi sueño durante los dos últimos años de trabajo hasta que por fin conseguí comprarlo, me di cuenta de que necesitaba otro café urgentemente. El desvelo me iba a pasar factura, sin duda alguna.

Paré un par de manzanas antes de llegar a la oficina, para tomarme una última dosis de cafeína en mi lugar favorito: Sweet Café.

Virginia vio como me acercaba y juraría que ya le había pedido la comanda a Roberto para que me fuera sirviendo mi doble capuchino de «he-tenido-un-despertar-horrible» y mi donut relleno de crema. Este nuevo puesto de trabajo ya me había hecho aumentar una talla en el último año, y había pasado de mi espectacular treinta y ocho a llenar completamente una talla cuarenta. Mi culo se veía más voluminoso, pero Víctor parecía más contento desde entonces, supuse que debido a que por fin había logrado llenar una copa noventa y cinco de pecho.

Sonreí por primera vez en la mañana al oír unos tremendos piropos que Roberto había incluido en el menú.

—¿Qué le ocurre a la bella Meritxell esta mañana? —le oí decir por último a Roberto, al mismo tiempo que Virginia lo servía todo antes de que pudiera apoyar el trasero en mi butaca favorita, frente a la barra.

—Gracias, guapísima —le susurré a Virginia—. Pues verás —me dirigí esta vez a aquel cuarentón que me sonreía últimamente demasiadas mañanas (teniendo en cuenta que en un principio sólo acudía a aquella cafetería cuando no me sentía con ánimos)—, creo que anoche me pasó un tractor por encima mientras dormía. No estoy segura, no pude verlo, pero estaría dispuesta a jurarlo. —Roberto soltó una gran carcajada y me hizo sonreír.

—Anda, exagerada. —Se acercó y extendió hasta mi plato un bombón de chocolate—. Invita la casa, es el mejor calmante que conozco. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta, perdiéndose por la puerta que conducía a lo que sin duda alguna era la cocina, el sitio de Roberto, donde pasaba más de doce horas diarias.

—Umm —oí refunfuñar a Virginia—, a mí nunca me hace esos regalos —dijo bien alto para que lo oyera Roberto, su esposo, y me guiñó un ojo.

Hacían una entrañable pareja, eran muy amables. Él era algo regordete, muy alto, y acudía a la cafetería perfectamente afeitado cada mañana. Virginia parecía mucho más joven que él, quizás tenía unos treinta y cinco años, de larga melena pelirroja, que siempre llevaba bien recogida en una cola de caballo. Tenía unos grandes ojos de color miel, y esos hoyuelos que se le formaban al sonreír hacían que resultara más encantadora aún.

Levanté la cabeza y vi entrar a Ariadna por la puerta, diría que su despertar había sido aún peor que el mío, aunque logré adivinar una pequeña sonrisa mientras se acercaba a mí.

—¡Cielos, Ariadna! ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? ¡Estás horrible!

—Yo también te quiero, preciosa —me dijo, tras lo cual estampó un beso en mi mejilla y me robó un mordisco del donut relleno. Estuve a punto de fulminarla con la mirada.

—Siéntate, anda. ¿Has pasado mala noche?

—¿Mala? ¡Mala! ¡¡No había pasado mejor noche en mi vida!! —dijo con una risotada.

Ariadna tenía treinta años, igual que yo, pero a veces olvidaba que su vida era algo más emocionante que la mía. Hacía lo que quería, cuando se le antojaba y con quien le apetecía. Sonreí al preguntarle:

—Cuéntame, arpía. ¿En qué clase de orgía estuviste ayer? —Soltó otra risotada. Reía demasiado mis bromas, realmente me había equivocado. Ella tenía muy, muy, muy buen día.

—Anoche tuve un «mano a mano» a vino y ostras con Gonzalo. —Se sonrojó al recordarlo y soltó otra carcajada para zanjar el tema. Sonreí con ella, hacía dos semanas que conocía a Gonzalo, pero parecía que este lígüe le estaba durando algo más que el resto—. ¿Qué tal tú, cielo? Veo que Roberto no ha dudado en servirte esta mañana el menú extra de «despertar horrible» —dijo señalando el envoltorio del bombón que acababa de zamparme—. Luego te quejarás de que ese culo sigue creciendo —dijo, dándome una palmada en la parte del trasero que sobresalía del taburete, haciéndome enfurruñar.

—¡Dios, niña! ¡Cierra esa boca! —oí gritar a Roberto, que salía de la cocina con una bandeja de sándwiches recién hechos para ponerlos en el

mostrador—. Mi desayuno es el único de toda la ciudad que logra arrebatar una sonrisa de esos labios cuando están así de apretados.

—Eso es cierto —dije a su favor. Siempre lograba hacerme reír un poquito.

Odiaba cuando Roberto y Virginia se iban de vacaciones porque me sentía perdida. Desde que trabajaba en *Maze News*, pasaba por aquella cafetería al menos tres veces a la semana y, en el último año, había parado casi a diario de camino a la oficina.

Ariadna vio los enormes sándwiches rellenos de aquella pasta deliciosa que preparaba Roberto y dejó de escuchar toda conversación. Sus ojos verdes se le salían de las órbitas.

—¡Por favor, Roberto! ¡No me hagas rogarte uno de esos!

Roberto rio y le sirvió uno en un plato a mi amiga y compañera de trabajo, mientras Virginia ya preparaba su doble expreso con leche condensada.

—Tuve una noche horrible —le dije una vez había dado un par de mordiscos a su desayuno, cuando estaba segura de que me escuchaba de nuevo—. Tuve un sueño espantoso.

—¿Qué clase de sueño? —dijo con la boca llena.

—No sé, muy raro. Salía un chico muy joven y...

—Ummm, ¿un chico? ¡Pervertida!

—¡Ariadna! ¡Que no es eso! —Le di una palmadita en el brazo para que me dejara continuar—. Lo raro no es que acabara de tener sexo del bueno con ese chico —dije ruborizándome—, sino que después de hacerlo había cogido una almohada y lo había asfixiado. —Ariadna abrió los ojos como platos, tan expresiva como siempre, y masticaba sin parar—. No contenta con ello, una vez le quité la almohada de la cara, mordí su cuello hasta que sangró... ¡Qué asco!

Mi amiga estuvo a punto de atragantarse con las risas.

—Meritxell, ¡vampira! —dijo, con la boca aún llena de comida.

—¡Ariadna! Odio que hables con la boca llena —dije yo, con la mía no menos vacía, pues acababa de dar cuenta de mi último trozo de *dónut*. Ambas reímos—. La verdad es que es una tontería, pero fue tan real que cuando me desperté me sentía perdida. La angustia me comprimía el pecho y el corazón iba a salirse de su sitio... me costó tranquilizarme y ya no pude conciliar el sueño.

—Pobre Meritxell —dijo Ariadna acariciando mi pelo, como si consolase a una niña asustada—. Necesita tanta emoción en su vida que no puede evitar soñar con jugar a vampiritos con tal de agenciarse un auténtico *guaperas*.

—No entiendes nada —refunfuñé pensativa.

Se me había puesto la piel de gallina al recordar la pesadilla. Aún lo veía todo muy nítido en mi cabeza. Aquel chico no podía tener más de veintiséis años, su tez era demasiado pálida para mi gusto, pero esos tremendos ojos azules quitaban el sentido. Su pecho y sus brazos estaban curtidos por algunas horas diarias de gimnasio, que eran evidentes a través de su camiseta. ¡Pero de dónde habría sacado yo tremenda imagen! Y lo peor, ¡cómo conseguiría que se borrara de mi cabeza si tan sólo había sido un sueño! Ariadna carcajeaba de nuevo.

—Si al final resulta que te lo pasaste incluso mejor que yo anoche, ¿quieres dejar de ruborizarte como una adolescente embobada?

Sacudí la cabeza y me puse en pie mientras le dejaba un billete de diez euros a Roberto para pagar nuestro desayuno. ¡Se había hecho demasiado tarde! Hacía al menos media hora que debería estar tecleando mi último reportaje.